

autor capaz de recuperar, cantando y reescribiendo, el tiempo perdido (Nacho Méndez), la justa presencia de la comedia musical norteamericana a cargo de Enriqueta Legorreta, el recuerdo de los 20 años que lleva muerto Bela Bartok (una excelente versión de la *Sonata para dos pianos y percusiones* a cargo de Alicia Urreta, María Teresa Rodríguez, Carlos Luyando y Homero Valle), la conmemoración del primer cincuentenario de un compositor *outsider*: Scriabin (dos *Sonatas* para piano tocadas por Rogelio Barba después de una sesión chopiniana), el justo —por tardío— homenaje a Erik Satie, ese compositor que nunca conoció el agua y que gustaba de los sombreros, la piedra pómez, los alimentos “blancos” y que influyó, definitivamente, en la frangencia del siglo xx.

Si en la Casa del Lago se intentó revalorizar ciertos géneros y autores que son modelos de la lucha contra la solemnidad, Bellas Artes inauguró otro, no menos importante: la actualidad de la opereta. *El murciélago*, de Strauss intento fallido pero válido, es el primer paso de la creación del “espectáculo”, género todavía inédito entre nosotros.

En resumen: si persiste el tono lúgubre, aparece ya una sonrisa de confianza. Juan José Gurrola dirigirá óperas, operetas y comedias musicales que hasta ahora, si contaban con aceptables cantantes, no habían tenido la presencia de un auténtico director de escena. Se anuncian *El clave bien temperado* (completo), *El martillo sin maestro*, la *Oda a Napoleón*, a pesar de que el jazz seguirá manifestándose en espectáculos pobres y anticuados, de que el teatro de revista continúe su decadencia, de que la producción editorial y de discos sea prácticamente nula, de que los encargos a jóvenes compositores permanezcan en estado perpetuo de espera, de que ignoremos los libros fundamentales sobre cuestiones técnicas, estéticas o históricas, de que la esclerosis predomine en nuestros centros escolares sin riesgos de muerte definitiva. Nos visitarán, sin embargo, otros monstruos sagrados, otros famosos conjuntos sinfónicos, nuevas muestras de folklore internacional. El público será numeroso y aplaudirá, encantado, con un entusiasmo digno, a su vez, de aplauso. Los críticos dirán las cosas de costumbre y todo el mundo estará feliz.

una forma de protesta ante un mundo que, precisamente, se cierra para el creador. Ante esta perturbadora objeción, probablemente tendríamos que examinar la pregunta acerca de si las relaciones entre el artista y las instituciones oficiales que deben propiciar su tarea fueron adecuadas, y en caso contrario averiguar a quien debe culparse. Porque nuestro supuesto artista solitario ¿está solo por gusto o es que lo obligan a estarlo, ayudándolo con la incompreensión en vez de con el estímulo?

Una rápida mirada hacia atrás, dirigida hasta donde es posible con el corazón libre de prejuicios, nos obliga a suponer que, aunque es probable que la actividad no fuera ardientemente desmedida, las instituciones oficiales, las galerías oficiales, los organismos culturales obligados a difundir y alentar mediante esa difusión el genio creador de nuestro pueblo cumplieron con su deber. Durante el año, se organizaron exposiciones, se enviaron muestras de nuestra pintura a diversos certámenes internacionales (La Bienal de Sao Paulo, la Bienal de pintura joven en París, entre otros), se dieron algunos premios nacionales (el del Salón de la Plástica Mexicana), se importaron algunas exhibiciones interesantes. En la Bienal de Sao Paulo, uno de nuestros pintores, Rafael Coronel, obtuvo el premio destinado al mejor pintor joven, y la obra del otro pintor seleccionado, Gunther Gerszo, aunque no obtuvo premio es, sin duda, de una calidad que puede enfrentarse sin ninguna desventaja a los dos pintores triunfadores Burri y Vassarely, que defendían la prestigiada tradición plástica de Italia y Francia, respectivamente. En París, según parece, no hubo premios para nuestra pintura joven. Enrique Climent, Pedro Coronel y Francisco Corzas, los pintores premiados en el Salón de la Plástica Mexicana, muestran por la calidad de sus obras, que responden al alto nivel de su reconocida trayectoria, reafirmada en el caso de Coronel por su exposición realizada casi en la misma fecha en la Galería de Arte

ARTES PLASTICAS

La pintura en 1965

Por Juan GARCÍA PONCE

El principal problema al intentar hacer un balance de las artes plásticas en cualquier momento, es el de los múltiples puntos de vista desde los que éste puede realizarse. Para determinar si fue un año bueno o malo, positivo o negativo, productivo o estéril ¿debemos sumar, de acuerdo con lo que nuestra limitada posibilidad de juicio nos dicta, todas las buenas exposiciones que seamos capaces de recordar, todas las malas exposiciones que no hayamos sido capaces de olvidar y hacer una simple resta que nos daría el resultado?, ¿debemos meditar sobre si la pintura recibió suficiente apoyo por parte de las instituciones oficiales destinadas a ello y llegar a una conclusión más de carácter administrativo que artístico?, ¿debemos pensar si los artistas de reconocido prestigio han continuado su tarea creadora en un sentido ascendente o descendente y preguntarnos si han salido nuevos pintores que aseguren la continuidad de esa tarea abriendo nuevos caminos? Las posibilidades de enfoque no se sacian ni siquiera con esta incierta enumeración. Honestamente, no se puede llegar a ninguna conclusión definitiva sobre el resultado artístico del año. En pintura, como en muchas otras cosas, pero en especial en lo referente a la tarea artística, los valores son demasiado relativos. En un terreno ideal, una sola gran obra realizada en el ámbito privado de cualquier estudio y tal vez ni siquiera cedida a la curiosidad del público sería, sin duda, suficiente para hacer del año un buen año. Pero este tipo de juicio tendría quizás un carácter demasiado subjetivo y, dentro de un determinado estado de ánimo, podría incluso

resultar indignante. Mostraría un mal disimulado y siempre reprochable desprecio hacia las posibles condiciones sociales del arte y su relación negativa o fecundante con la comunidad. Estaríamos, como quien dice, regresando a la vieja y abominable imagen del artista aislado y solitario. Aunque no faltará tampoco quien insista en que esta imagen también refleja una actitud social. El aislamiento y la soledad pueden ser



Composición de Felguérez, que no expuso este año

Mexicano, que los premios fueron justos y estimulantes. Tal vez, el conjunto de obras reunidas en este Salón permita dudar ligeramente de la conocida suposición de que México es un país de pintores; pero este es otro problema: depende de que la frase se justifique de acuerdo con el número de pintores o la calidad de unos cuantos. Por otra parte, en la Galería Universitaria Aristos se realizó una por lo menos interesante confrontación entre algunos pintores contemporáneos americanos y otros mexicanos, vistos siempre como individualidades, que si bien resultó limitada por oscuros problemas de organización, permitió comparar dentro de un efectivo marco de referencia la vitalidad de algunos de nuestros más destacados creadores. En el Palacio de Bellas Artes, se reunió la obra del gran dibujante Julio Ruelas; un acierto indiscutible. En el Instituto Mexicano Norteamericano, la obra de Roberto Montenegro mostraba un carácter melancólico y evocativo. Y finalmente, en la Galería de la Casa del Lago se desarrolló a lo largo del año un cuidadoso programa de exposiciones que incluyó excelentes muestras de Enrique Climent, Carlos Mérida, Vicente Rojo y un nuevo, sorprendente pintor, que en su primera exhibición mostró una trabajada madurez, Antonio España. El nuevo local del Museo de Arte Moderno, desperdiciado en gran parte por un desolador despliegue de la mediocridad nacional en su ala de exhibición permanente, que reúne obras a las que, con las naturales y salvadoras excepciones, no se pueden considerar ni modernas ni dignas de figurar en ningún museo y cuyo único dudoso mérito sería el de ser mexicanas, presentó en su sala de exposiciones temporales una magnífica exposición de Josef Albers (que originalmente ocupó el Museo de la Ciudad Universitaria) y otra bastante interesante del pintor cubano René Portocarrero. Este rápido repaso, forzosa e in-

voluntariamente incompleto, si bien no mata nuestra curiosidad por esa posible obra maestra desconocida que para algunos puristas salvaría definitivamente el año, inclinando este balance hacia el lado positivo, sí responde, al menos parcialmente y con las probables posibilidades de refutación que en nuestro mundo abre toda afirmación, a uno de los supuestos puntos de vista desde el que podría realizarse. A través de las actividades de las instituciones culturales podemos pensar que varios de los pintores de México tienen y realizaron durante el año una obra positiva.

Esta suposición se afirma al repasar algunas de las exposiciones presentadas en galerías particulares, privadas o, sin ninguna intención peyorativa, comerciales. Hasta qué punto esas exposiciones resultaron efectivamente comerciales no debe preocuparnos —aunque sin duda les preocupa, y con toda razón, a los pintores; pero la exhibición documental, sutilmente humorística, y desde luego interesante en varios aspectos de José Luis Cuevas titulada "Cuevas antes de Cuevas" y que, como su nombre lo indica, nos mostró obras involuntarias junto a otras más cercanas a su tarea actual como artista, revelaba una significativa imagen de su personalidad. En

la Galería Juan Martín, Vicente Rojo, que también expuso en la Casa del Lago, realizó la que quizás sea la exposición más importante del año, rompiendo con una larga tradición de belleza exterior, incluso dentro del movimiento abstracto, en una amplia serie de cuadros sorprendentes, maravillosamente vivos. La misma Galería presentó también un espléndido grupo de acuarelas y óleos de Arnaldo Coen que bastan para colocarlo entre nuestros más seguros pintores jóvenes. En la Galería de Arte Mexicano, junto con el ya mencionado Pedro Coronel, Enrique Echevarría, Héctor Xavier, Fernando Ramos Prida presentaron también exposiciones de indudable calidad y lo mismo puede decirse de Tiedo, quien expuso en la Galería de Antonio Souza, y de Maka y Vlady, cuyas obras se exhibieron en el Salón de la Plástica Mexicana. El valor de esta serie de actividades individuales, cuya independencia de todo movimiento o escuela cerrada y exclusiva relación con la obra personal, subraya el saludable cambio que desde hace varios años viene acentuándose en la actitud de los pintores mexicanos es, una vez más, el signo más positivo del año. Más allá nos envuelve la oscuridad; pero las buenas obras la iluminan.

EL CINE

Recuento de 1965

Per José de la COLINA

Hasta mediados de noviembre de 1965 el panorama de la exhibición cinematográfica en México se presentaba idéntico si no peor que en los años anteriores, debido al tradicional desprecio que los distribuidores y exhibidores tienen por el público de cine. Insistir sobre este punto es ya fatigoso. Las cosas no cambiarán mientras ese mismo público no exija y apoye una mejor selección de films, lo cual no será posible mientras siga tan mal informado y orientado por los órganos que manipulan —no representan— la opinión pública. Nunca han sido tan necesarias la divulgación de una crítica cinematográfica responsable y la labor organizada de los cineclubes, para contrarrestar la continua ofensiva de perversión del gusto cinematográfico.

En el terreno del cine nacional, este año vio aparecer un hecho que, si bien no puede calificarse de revolucionario, puesto que por ahora no representa un cambio en la estructura de la industria, sí es un indicio de la necesidad y las posibilidades de creación de un cine nuevo, realmente artístico y acorde con una inteligencia y una sensibilidad contemporáneas. Ya en un número anterior de esta revista comentamos con amplitud los resultados y las perspectivas del Primer Concurso de Cine Experimental de Largo Metraje, organizado por la Sección de Técnicos y Manuales del Sindicato de Trabajadores de la Producción. Dicho concurso demostró la existencia de una generación joven de artistas y técnicos que podían

tomar provechosamente el relevo de los viejos elementos de la industria, anquilosados desde hace veinte años o más en las mismas gastadas fórmulas de un cine bajamente comercial.

La exhibición de *En este pueblo no hay ladrones* (premiada en el mencionado concurso), durante nueve semanas en uno de los cines capitalinos, puede considerarse un pequeño triunfo de los jóvenes cineastas, y de la crítica que los apoyó, sobre todo si se toma en cuenta que no ofrecía al espectador común lo que generalmente se tiene por "incentivos de taquilla", como nombres de grandes "estrellas" o un considerable número de canciones. El film de Isaac, basado en una ejemplar adaptación de un cuento de Gabriel García Márquez, muestra la posibilidad de un cine cuya esencia y proyección populares no signifiquen un sacrificio de la inteligencia y la sensibilidad. Construido sobre una lúcida y honesta observación de la vida de un pueblo costero, de sus personajes y problemas, *En este pueblo no hay ladrones* es una excelente demostración de que en México se puede hacer un cine identificado con las inquietudes de la mayoría del público, brindándole una auténtica visión artística.

Dentro del acostumbrado sistema de producción, *Tarahumara* de Luis Alcoriza, que fue a la Sierra del mismo nombre para la filmación, representa un intento excepcional, en el actual estado de cosas, por volver a poner en contacto a nuestro cine con las realida-



Gironella, que tampoco expuso